

Sena quería enojarse y ver llorar... Lo consiguió el 25—ayer—cuando las aguas se elevaron á una altura prodigiosa de diez metros... Saltaron por encima de los murallones. Llenaron las riberas. Se devoraron los cajones de libros de los cambalachés, robándose á Cicerones y Larrouses... Cruzaron las calles. Entraron en los sótanos. Llegaron al primer piso entre los alaridos de la gente que pedía socorro, disparando como bajo el azote de un apache enfurecido:

—¡Es el Sena que crece!

Y aunque nadie quería creer que fuera el Sena, los parisienses tuvieron que convencerse. En los apuros de la fuga enloquecida perecieron varias mujeres y niños bajo la avalancha acuática... Fueron las primeras víctimas. Después no ha habido que lamentar otras desgracias que no sean materiales.

* * *

El 26—hoy—las aguas siguen creciendo. Si hoy no saliera el correo, yo esperaría hasta mañana para enviaros más detalles gráficos, pues el río sigue desparramándose por París como un incendio. Porque este nunca visto desborde del Sena parece un incendio cuyas llamas son olas de agua que se filtra por todos los rincones. Los que conocen París se darán cuenta de la magnitud del peligro que hoy amenaza á la población sabiendo que las aguas han ido esta mañana á reventar en la plaza Clichy. Arriba. Allá en Montmartre...

—¿Cómo?—diréis.

París tiene la desgracia de ser hueco. Debajo de la ciudad que crece en la superficie, vive otra ciudad no menos populosa. Me refiero á las líneas del tranvía subterráneo ó metropolitano. Los túne-

les que cruzan las zonas más pobladas de París, forman bajo tierra una red de cavernas que ahora son peligrosas. Están llenas de agua. El servicio de trenes se ha interrumpido. La gente pobre, que sólo podía gastar 75 céntimos en su *metró*, tiene que andar á pie. O tiene que andar despacio yendo en ómnibus...

Además de los túneles del metropolitano, existen las grandes catacumbas que restaron de la dominación romana. Corren al costado del Sena, atraviesan el Jardín de Plantas hasta Vaugirard. Allí están enterrados los restos de las víctimas de 1789, 1790 y 1792.

Pues bien; todos estos subterráneos, que el público podía visitar, se encuentran ahora completamente inundados. Y esto es lo peor. El agua está carcomiendo los cimientos de las casas. Las calles bajo las cuales pasa el tranvía subterráneo están en peligro de hundirse. El tráfico se ha interrumpido. Los habitantes de París prefieren andar á pie ó en bote. Sin embargo, como este es un pueblo curioso, desafia con valor el peligro. La policía hace trabajos inauditos para que el público que acude á contemplar el Sena no se ahogue. Los puentes, bajo cuyas arcadas el agua ya no puede casi pasar, están negros de gente. Desde las calles vecinas, trepadas en vehículos y sobre las paredes, ó sobre cajones, las mujeres miran, con miedo y con placer, el avance de las aguas. Las olas—porque ahora el Sena tiene olas como si fuera un mar—pasan arrastrando barriles, palos, camas, colchones, baúles, armarios, perros muertos... Todo, en fin, lo que pueden robar al paso...

Con el entusiasmo periodístico que este desastre acuático ha producido entre los de nuestro gremio, varios diarios han querido comparar los desbordes

del Sena con el último terremoto de Messina. He gozado el placer estético de presenciar los efectos de la catástrofe italiana. Tócame ahora en suerte presenciar la de ahora... Creo que no cabe la comparación. Los desastres de Messina aumentaban trágicamente con la sangre de millares de víctimas. Aquí no ha habido muchos muertos. Seguramente que los perjuicios que sufre París son mucho más grandes, pecuniariamente, que los que sufrió Messina. Imaginaos que cuatro estaciones de ferrocarril no funcionan; que de los pueblos de campo, no traen verdura; que en los mataderos no se carnea; que más de cincuenta mil familias están sin hogar. Que ya no vienen forasteros... Pero á pesar de todo, París es rico. París es enorme. París es París..

* *

Esta mañana, cuando salí con mi fotografía á visitar los sitios más heridos por la *débacle*, encontré, entre un grupo de agentes y particulares, al presidente de la República, M. Fallieres. Iban con él el jefe de policía M. Lepine y el presidente de ministros M. Briand. Parecían simples curiosos. Habían visitado los barrios obreros, que precisamente son los que más han sufrido.

* *

Las suscripciones se han iniciado ya en favor de las víctimas. Es tal el entusiasmo que ha puesto esta monstruosa ciudad, con sus tres millones de habitantes, en socorrer á los damnificados, que pronto se cubrirá la suma necesaria. París será malo. O será bueno.. ¿Qué importa?... Pero indu-

dablemente tiene un buen corazón. Mañana todos los teatros trabajarán en beneficio de las víctimas. La suscripción popular pasa de tres millones. Sarah Bernhard ha recogido en su casa á una familia de ocho personas que estaba sin hogar. La casilla donde vivían se la llevó el viejo Sena...

* *

Este río, cuya celebridad aumenta hora por hora, mide dos cuerdas de ancho. Su extensión es de 200 leguas. Pasa por París y Ruan y desemboca cerca del Havre. Nada más... Sin embargo, es prodigiosa la rapidez y fuerza con que arrasa los pueblecitos que hay á sus orillas. El comercio de los mercados está casi paralizado. Y ese es el peor perjuicio que sufrirán los habitantes de París.

—¿Cree usted que las aguas seguirán creciendo?—se ha preguntado á Flammarión.

—Según nuestros cálculos—respondió el maestro—, crecerá todavía unos cinco metros más...

Ante porvenir tan acuoso, la policía toma sus medidas. Se piensa hacer saltar con dinamita alguno de los puentes que detienen el curso de las aguas. Tal vez el puente del Alma. ¡Qué lástima! De esa manera se evitará, sin duda, que el agua pase libremente sin saltar por las murallas, penetrando en los sótanos y llenando los subterráneos.

* *

Los médicos han iniciado también sus sermones filantrópicos. Y tienen razón. Dicen que efectivamente es un grave peligro el avance del agua. Los perjuicios materiales que produce son mayúsculos. Pero afirman que más grandes serán dentro de

poco los perjuicios que sufrirá nuestra salud. Un médico me ha dicho:

—Las aguas estancadas bajo el subsuelo de París comenzarán dentro de poco á corromperse... Piense usted que los sótanos están llenos de agua. Ese líquido empezará á exhalar miasmas, y con la mala salubridad que hay aquí, vendrán fiebres y pestes...

* *

Para que la desgracia que nos espera sea mucho más obscura, hoy se han distribuido circulares prohibiendo que se haga uso del agua corriente. La ruptura de las cañerías ha mezclado las aguas buenas con las malas. Tendremos que tomar sopa de vino...

Se dice que la torre Eiffel corre peligro de desmoronarse. Uno de sus pedestales vacila un poco. Por lo pronto se ha prohibido el acceso á la cúspide.

* *

Telegrafían de Roma que Su Santidad el papa Pío X ha ordenado á todas las iglesias del mundo que digan misas para que el desastre no prosiga. Gracias.

* *

«Una víctima de la creciente del Sena...»

Bajo este título un diario de París, que tiene tiempo y espacio para todo, dice que la inundación ha perjudicado, más que á nadie, á Edmond Rostand. El estreno de *Chanteclair* debe realizarse el 30 del actual. París estaba apasionadísimo por la obra del autor de *Cyrano*. Al Sena, envidioso tal vez de la celebridad del hombre, no le agradó tal

cosa. Ahora, en la imaginación parisina, el río célebre ocupa un sitio demasiado grande.. Y como el río no se presta á la *réclame*, *Chanteclair* sufrirá perjuicios dolorosos...

* *

A un fabricante de vinos que posee su establecimiento en Charentón, se le llenaron las bodegas de agua. La policía le avisó, ofreciéndole ayuda para salvar las pipas de vino.

—Muchas gracias —les contestó—. No necesito... Prefiero dejar mis pipas entre el agua. Este año pienso hacer buen negocio. Venderé mucho más vino...

Catulle Mendés, Remy de Gourmont y Augusto Rodin

—Folies-Bergère...

Son las nueve. ¿Las nueve? Pero ¿también se cuentan las horas en Lutecia? Son las nueve de una noche en París... París arde. Los Duval arrojan sobre los bulevares una multitud de estómagos repletos y de cabezas llenas. Pero aun es temprano... Aun no es hora de que los ajenjos emocionen las almas. Aun es temprano para que los muy honestos alcoholes parásitos abran el apetito de los besos. Los relojes, que en París poco tienen que ver con las cadenas, han dicho en su lenguaje de metal nueve palabras... Son las nueve. Es la hora de Juan de los Palotes y de María Antonieta. Es la hora en que M. Prudhomme sale á la calle, porque ha visto salir en ese instante á Mad. Girardin. Es la hora en que la virtuosa niña Vicentita Moreira —hija del estanciero criollo— se coloca el sombrero cuya forma y adornos ha copiado á una bella *cocotte* que vive en el hotel... Y por ambas aceras veis que los hombres y las mujeres andan á pasos lentos. Van. No vienen... Van hacia alguna parte. Lentamente. Sin agitarse... Ostentan con vanidad sus gallardías. Lucen sin timidez sus líneas cur-

vas. Van en busca de un placer para el alma. Van al teatro... Y por eso á las nueve los teatros, los circos, los conciertos, todas las grandes y pequeñas salas en donde hay un tablado y un artista, se iluminan con las radiantes llamas de un incendio... En el fondo obscuro de la noche Folies-Bergère brilla como una brasa: Brilla y atrae. Pero hoy atrae y brilla mucho más que otras noches. Es que hay estreno. Y la fila de mujeres hermosas y de cabezas célebres se desgrana en el *hall* y en el vestíbulo.

—¿Entremos?

Y Manuel Ugarte, que conoce, como buen artista de los nervios, todas las fiebres de París, me lleva hacia el enorme teatro en donde Catulle Mendés estrena esta noche una...

—¿Una comedia?

—No.

—¿Un drama?

—No.

—¿Entonces?

Asombraos. Asombraos como yo me asomé. Catulle Mendés estrenará esta noche una silenciosa pantomima.

—¡Una pantomima!

Sí. Pero no os asustéis. Los poetas en París saben hacer de todo. Y en París una pantomima puede ser, si se hace con talento y con alma—puede ser, si se hace con entusiasmo y con poesía—, puede ser una joya. Una obra de arte. Una flor inmortal... Entremos. El argumento de la pantomima de Mendés es una Vida. La vida siempre atormentada y siempre venenosa del pobre y más que pobre, pobrecito Pierrot... ¡Pierrot, á quien Colombina besa y enamora, odia y martiriza!... Nunca me agrada ver sobre la escena dramas que ya he vivido...

Por eso concréteme á mirar la gente de los palcos. Los terribles sombreros de las francesitas cobijan blondas cabelleras en una continua agitación de pájaros. A su lado el fondo austero de los negros fracs presta relieve al brillo de las pecheras blancas... De repente, junto á un bonito rostro femenino, veo una cabeza que se instala en un palco. Todo el público mira. Es una cabeza que debe ser genial. Lleva una gran melena digna de cubrir la testa de un león envejecido por los caprichos de una leona rubia...

—Es Catulle Mendés.

Y el nombre mágico del poeta que busco hace tres días retumba en todo el teatro. Todo el teatro lo mira. El lo sabe. Y sabiéndolo, se inclina sobre la baranda. Mira á la multitud para hacerse mirar. Y su gran corbata de bohemio se abre sobre la pechera como dos alas grises... En seguida las miradas del público vuelan hacia otro palco. Yo también miro. Pero no encuentro nada. Nada que me asombre. Sin embargo, algo que no es vulgar debe ocurrir allí. Miro. Y veo, por fin, cómo se asoma por un avance una barba muy negra. ¿De quién es? ¿Del señor N. N.? No. Es una luenga barba que he visto en el Museo Grévin, en cuyas galerías los hombres más ilustres de Francia viven una existencia de cera espiritual...

—¿Conoce usted á ese hombre?

Pienso. Busco en mi memoria. Hojeo mentalmente el álbum de mis recuerdos gráficos. Y por fin, allá, en el último folio, tropiezo con la presencia de ese rostro vulgar de zapatero. ¿Dónde lo he visto? ¿Quién es?

—Es Rodin. El célebre Rodin.

Y detrás de Rodin, tan pequeño á pesar de su gloria, se yergue una cara llena de manchas rojas.

Es una cara fea. Llena de lamparones. Parecen cicatrices... ¿De quién podrá ser esa cara con ojos tan febriles? No debe ser de ningún espíritu vulgar. Es, sin duda, de un pensativo. Pero debe ser también de un pensador. ¿Quién podrá ser? Y la misma voz habla:

—Es Remy de Gourmont.

Y los tres grandes hombres, unidos en la confraternidad de este público anónimo, sugiérenme la idea de unirlos en un solo retrato literario para presentarlos al público de América... ¿Acaso en el mundo de las artes francesas los tres no son tres reyes de regiones ideales? Figuraos á Catulle Mendés. ¿Cuál es su reino? La Belleza... Con su gran melena, ya plateada, y con su barba rojiza que desconoce las audacias del peine, pasa ante mí con los ojos abiertos y satíricamente juveniles. Pasa con el rostro que, en su color rosado, miente más de ochenta años. Pasa erguido y romántico. Pasa cantando bellas canciones. Dulces canciones parnasianas para princesas y para modistas. Pasa narrando cuentos de pajaritos. Cuentos de flores que se mueven y que parecen novias. Cuentos en donde los personajes son estrellas, elefantes ó perros... Y pasa por el reino de todas las bellezas, cumpliendo su misión de rey. ¿No fué Mendés quien describió las mil y una noches de París? Esas mil y una noches que suelen vivir las buenas francesitas que después de reír por los inmensos bulevares, lloran, más tarde, de placer, de celos ó de hambre, sobre las consolaciones de la almohada...

Figuraos ahora á Rodin. ¿Cuál es su reino? La Belleza, también... Yo le veo pasar. Pasa bajito y fuerte. Fuerte como un árbol que esgrime contra el viento sus ramas vigorosas. Véolo pasar luchando, como un gladiador, contra el prejuicio. Lo veo abo-

fetear con sus ideas de revolución y con sus creencias de esteta modernista, á la piara servil de los imbéciles. ¡Pobre chusma de esclavos que, como con razón pensó D'Annunzio, se arrodillan y oran ante idolos de palo! ¡Sólo porque son dioses muy viejos y muy clásicos!... Y lo veo pasar riéndose de los que creen herirlo con la burla. Lo veo pasar llevando sobre los hombros, como Sisifo, las moles formidables de sus bloques de mármol que parecen ensueños. Bloques en los cuales, con su cincel, escribe poemas ideológicos y trágicos. Poemas vivos. Pensamientos. Ideas. Y teorías... Vedlo. Pasa. Magnífico de vanidad. Feroz de valentía. Héroe de indiferencia... Al pasar, la plebe le arroja un grito, lleno de verde espuma.

—¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!

Pero Rodin pasa envuelto en el silencio de su orgullo de esfinge. El pisotón de sus botines rudos hace crujir los huesos de la salvaje muchedumbre, que cuando lo admira es, precisamente, cuando no lo comprende...

Figuraos ahora á Remy de Gourmont. ¿Cuál es su reino? Es también la Belleza... A éste le veo pasar, meditabundo. Pasa envuelto en su gran sobretodo, sucio y viejo. Su voz tiene un timbre tan raro, que conmueve. Pasa estudiando físicamente los amores humanos. Pasa tejiendo, en un francés flexible, joyeles de arte nuevo. Y pasa como Mendés, como Rodin, desafiando á la ciudad de Prudhommópolis, con el florete de sus galantes ironías...

Y los tres, siendo tan diferentes, son iguales. Cada uno de ellos trabaja en órbita distinta. Pero los tres se parecen en que, siendo artistas de un arte refinado, de un arte que el vulgo desconoce, los tres gozan en París de una fama popular que

los ha deificado. ¡Es raro! Para la multitud, Catulle Mendés, Augusto Rodin y Remy de Gourmont son estatuas... ¿Serán de mármol? ¿Serán de bronce? ¿Serán de barro? Para ver esas estatuas de cerca, estuve á visitarlos en sus propios talleres...

Mendés es un hombre encantador. Nervioso como una mujer, nadie sabe qué edad tiene. Habla con dulzura. Mejor dicho: no habla. Canta. Y seduce... No piensa. Conoce á España porque, cuando escribió su *Santa Teresa de Jesús*, estuvo allá recogiendo datos en Avila. No sabe nada más... De América sólo sabe que la República Argentina es un país que produce gauchos y revoluciones. Y esto para un parisién es saber demasiado... Catulle Mendés, ha puesto en práctica todos los delirios de su vida. Ha gozado todos los placeres. Para él lo prohibido no ofrece ya sorpresas. Lo confiesa con sana ingenuidad de abuelo... Su mujer es hija de Teófilo Gautier. Hermosa y eternamente joven, escribe versos bellos, diciendo en un lenguaje fino las más exquisitas tonterías... Mendés, que comprende aunque no siente los versos de su esposa, la perdona. ¿Sabéis por qué? Oído:

«Yo la perdono. ¡Pobre mujer! Es tan hermosa. ¡Tiene unos labios tan caritativos! ¡Y unos ojos tan grandes y tan hondos! ¡Tan hondos y tan grandes!... Por eso la perdono...»

Esto os dará idea de lo que es Mendés. Todo lo perdona en nombre de lo bello... También Rodin perdona todo en nombre de lo bello. Solamente que Rodin tiene su delicadeza, no en el alma como Mendés, sino en su cerebelo, iluminado por negras soñaciones. Al penetrar en el taller del célebre escultor nihilista, encontréme en un depósito de cajones enormes. Muchos cajones. Todos repletos de mármol. Pero no de mármol en bruto. Era mármol

pulido por las manos del hombre. ¿Qué hacían allí esos cajones? Amontonados en todas partes con etiquetas de ferrocarriles y vapores, ¿qué aguardaban allí? A través del embalaje veíanse trozos de estatuas. Por aquí un brazo. Por allá una cabeza. Por acullá un dorso. ¿Por qué esas estatuas no iban á su destino?... Rodin contestó riéndose:

—Son obras que me encargaron de distintas partes del mundo. Son monumentos como el que hice de Sarmiento. Los hice según mi criterio. Los mandé. Y me los han devuelto... Parece que no les gusta mi trabajo. Es demasiado bueno. O demasiado malo... ¿Por qué de Buenos Aires no me habrán devuelto también la estatua de Sarmiento? Es curioso. Yo extrañé mucho que no la devolvieran. De América me devuelven todo. Hace poco una señora argentina, millonaria, encargóme el busto de su esposo. Era un hombre con barba. Yo hice el busto con una hermosa barba que daba realce al rostro. Lo mandé á Buenos Aires. Y á los dos meses, la dama me lo devolvió con una cartita humedecida en lágrimas. El esposo había muerto... Mas eso no era lo malo. Lo malo era que el esposo había muerto sin barba, pues se la afeitó unos días antes de morir. Por eso la dama me mandaba el busto, para que yo también se lo afeitara. No quise... Lo dejé en un rincón. Y ayer, con un martillo, le rompí la cabeza. Vea usted los pedazos...»

Así. Tal es el hombre. Esta anécdota, contada por él mismo, es su más severa biografía. Y es un símbolo. Rodin, nervioso, por no querer afeitarse la barba á los bustos de mármol de la imbecilidad, y por no dignarse complacer los caprichos de las viudas reivindicadoras, hállase condenado á deshacer á martillazos sus más originales obras de genio. También Remy de Gourmont arremete contra los

que no creen en el triunfo de los arados nuevos. Pero es más amigo del silencio que del ruido. Encontré á Gourmont en el único sitio de donde casi nunca sale: en su casa. Vive con su hijo. Allí estudia. Lee mucho. Sus ojos, quemados por la luz, parecen brasas rojas. Su habitación es un revuelto mar de libros viejos. Al entrar, veis libros por todas partes. Os acechan. Se interponen. Grandes y pequeños. Os impiden el paso... Y lo más curioso es que Gourmont mantiene un orden perfecto en todo aquel desorden. Si alguien le mueve un libro, él pronto lo sabe. Lo mismo ocurrele con sus ideas. Son tantas y son tan variadas, y son tan distintas, que en su cerebro bailan como mujeres locas. Pero cuando él quiere emplearlas, sujetarlas, domesticarlas, vestir las y echarlas por el mundo, ellas vienen á él muy cuerdate... Gourmont es un ambidextro de la ciencia y de la literatura. En la *Física del amor*, es sabio. En la *Estética de la lengua francesa*, es erudito. En *Prosas morosas*, es un sensitivo... Pero en todas sus obras, que son más de cincuenta, ha hecho obra de artista. De artista fogoso, paciente, ironista, soñador, rebelde, luchador, floretista, Cyrano, Ronsard, Tartarin y Pasteur...

La obra de Gourmont resulta, pues, tan compleja, tan original y tan sutil como la de Catulle Mendés. También la labor de ambos igualase, en la sabia locura que la anima, á la obra paradójica y delirante de ese loco Cellini que se llama Rodin. Porque algo más que una estética debe unir á estos tres liristas de la Francia. Algo más que la idea de una belleza abstracta debe congregarse á los tres en una misma religión pagana... Y ese *algo más* no fueron ellos, sin duda, quienes lo inventaron. Dírase que, al nacer, trajeron en la sangre el miste-

rio de la despreocupación. Misterio que los obliga á no mirar nunca las cosas muy cercanas... Se sustraen. Miran siempre á lo lejos: se observan á sí propios .. Están en desnivel. Sueñan... Nunca están donde pisan. Sufren la enfermedad de Victor Hugo. Los tres se han hecho una nueva moral. Se ríen de los cánones. Dios es, para ellos, el vecino de enfrente. Viven en hermandad con las estrellas. Por la ventana hacen el amor á la luna, que es la más antigua de todas sus *cocottes*... Han nacido así. Y así se quedan. La gente prosaica que sabe de honestidades y vive con reglamentos, burlase de ellos. Y les llama locos. Naturalmente... La gente honesta siempre razona bien. ¿No? Sí; Quevedo... El espíritu de estos tres soñadores remóntase en el aire con alas de locura. Sus almas están llenas de manicomio. Pero sus demencias triunfan como rayos. Son seres que gozan, hiriendo sin querer con su deleite. Se les aplaude. Se les ama. Pero se les envidia... Y son dignos de sacra admiración, porque en sus originalidades son sinceros. En sus complicaciones son sencillos. Son enmarañados. Pero son ingenuos. Y fáciles. Son hermanos de Wágnner, que mientras con el alma tejía los modernos ruidos del *Tannhuser*, con el cerebro pensaba el viejo *Espíritu de la sencillez*. Anomalías.

Catulle Mendés, por ejemplo, es un hombre cuyas locuras han hecho hablar á todas las bocas de París. Es, si no el que más, por lo menos el que con mayor encono y con mayor encanto ha entretenido el aburrimiento de los burgueses del barrio Saint Michel... Mendés lo ha hecho todo. Todo lo ha dicho. Siempre con bello gesto... Asombrándose de todo, nada lo asombra. (En esto se parece á París...) Un día se vistió de mujer. Entonces sus treinta años no tenían, como ahora, ni

grietas, ni blancuras... Vestido de mujer cruzó los bulevares. Entró en *Le Journal*. Trabajó. Y con el mismo traje, regresó á su casa... Y no creáis que ese fuera un capricho alemán. Complicado. No... Se vistió de mujer sólo porque aquel día no tenía deseos de vestir traje de hombre. Y así, por capricho, Mendés vive su Vida... Otra vez, prometióle á Sarah Bernhard darle, para estrenar, un drama nuevo. La actriz, impaciente, aguardaba á que la obra estuviera concluida. Hallábase deseosa de interpretar un alma femenina, melodiosa, creada por Mendés... Anticipadamente hizo confeccionar los trajes, los telones, las joyas, el atrezzo... Todo estaba listo. Se necesitaba únicamente que Mendés concluyera de escribir su obra. Sarah esperaba... Esperaba... Sólo que la pobre Sarah tuvo que esperar en vano; pues Méndes, sin decir nada á nadie, hizo representar una noche su magnífico drama en el más pobre y miserable circo de Montmartre... Cuando Sarah, anonadada, furiosa, lo supo, increpóle duramente esa burla. Sollozaba de rabia:

—¿Por qué ha hecho usted eso, Catulle? ¿Por qué?

—No sé, Sarah. ¡Perdóneme! No sé...

Y al decir esto, Catulle Mendés temblaba. Y con la lírica grandeza de su pobre alma de niño ciego, se abrazó á la trágica. Estaba conmovido. Lloraba... ¿Arrepentido de su propia locura?...

* * *

A Rodin ocurrenle accesos parecidos. No es raro verle salir á la calle sin saco. Se olvida. O no se olvida... Si al salir no encuentra ómnibus ni coches, no titubea. Alquila al panadero ó al carnicero un carrito cualquiera. Y así, á veces sin som-

brero ó sin saco, atraviesa, impertérrito, París... No oye las carcajadas. No se inmuta. Sigue. Sabe que su genio—en carro de panadero ó en carroza de Apolo—siempre dará sorpresas á los mundos. Siempre asombrará á los crédulos del arte con milagros celestes...

Gourmont es, de los tres, el que menos irrita la paciencia de los hombres vulgares. Sin embargo, sus líricas manías no son pocas. Rubén Darío, que es el único americano á quien Gourmont admira y hasta elogia, pudiera tal vez hacerlos narraciones al óleo... A menudo puede verse á Gourmont como se nos presenta en el diseño de Maillaud. Lo he visto... Paseando por los *quais* del Sena en busca de raros libros viejos, con su gran sobretodo, su esclavina, su palo, su fealdad y un gran sombrero de su propia invención, Gourmont, así paseando, seguido por los chicos, que lo creen un monstruo y que lo silban, es el vivo retrato de Gringoire... Y al verle así nadie diría que bajo el sucio descuido de aquella indumentaria palpita un alma regia. El alma de Gourmont. El alma del más paciente crítico de Francia...

La República Argentina, aunque ignorada por Mendés, es algo conocida por Gourmont. Lo mismo por Rodin. El primero no abriga deseos de visitar las tierras del señor Santos Vega. En cambio, Gourmont dice:

—Si voy, escribiré un libro. Estudiaré los hombres y las fieras de aquellas regiones, que son todavía para los bulevares un misterio salvaje. Un enigma sangriento...

*
**

Y Rodin:

—Yo iré. Pero iré á descansar. Iré á beber el

champagne que se bebe en las pampas. Quiero emborrachar mis pulmones de oxígeno...

Ya basta. ¿Queréis más? No. Ya basta... Bien conocéis las obras y las vidas de estos tres talentos populares... No conviene ni quiero trazar sus biografías. Sólo he querido recordar las siluetas de Mendés, de Rodin y de Gourmont, tal como yo los vi cuando estuve con ellos. Pero sabed vosotros —¡oh jóvenes indios de las patrias del Sur!— que los tres pertenecen al más grande de todos los imperios: la Belleza. Son tres emperadores. Tres hombres que ya viejos luchan todavía en pro de su locura: el arte nuevo... Tres almas á quienes los quijotes de América debemos saludar desde el lomo de nuestros rocínantes. Y á quienes debemos ofrecer la ayuda de nuestra lanza, de nuestros potros y de nuestros espíritus...

París, Febrero de 1907.

NOTA.

LA MUERTE DE CATULLE MENDÉS

- Coquelin ha muerto.
- Bueno. ¡En paz!
- Catulle Mendés ha muerto.
- ¡Oh! Imposible.

La crónica policial oculta en pocas líneas tragedias que conmueven. Conmueven el mundo cual si fueran de Shakespeare.

—¡Catulle Mendés ha muerto!

¿Cómo? No es posible... La imagen del viejo lírico, con su rubia cabeza melenuda y con sus claros ojos celestes flota aún viva en la memoria de nuestras retinas. ¿Cómo puede estar muerto? No es posible. Aun me parece que escucho su voz, entre risas y sonrisas, entre burlas y carcajadas. Recuerdo cuando lo vi la vez primera. Hace dos años.

—¿De América? ¡Oh! Viene usted de América para verme—me decía—. ¿Cómo? ¿Entonces quiere decir que Colón no vivió en vano su tiempo?...

En seguida, sin preocuparse de saber quién podía ser yo, me dió un abrazo. Sólo porque había golpeado su puerta con el único deseo de verle. Sólo por eso me estrujaba contra su gran pecho cariñoso con la fuerza hercúlea de un anciano robusto. Cual si fuera un amigo...

Ahora ya no existe. La muerte de los hombres vulgares ha destrozado para siempre al más artista de los vagabundos de la lira. Si fué un crimen ó si fué un suicidio, poco importa. Yo creo que se ha suicidado. Después de vivir sesenta y ocho años, Mendés, el delicioso encantador que conocía la ciencia de los pájaros, sintió sobre sus carnes el cansancio de su bien gozada juventud. Su alma de exquisito temió tal vez la hora cruel de la vejez sin pensamientos, de la vejez sin ideales, de la vejez sin amores. El, que llevaba á través de la vida su alma como una espada y sus ensueños cual si fuesen hostias, temió sin duda la hora amarga de la decrepitud estéril y prosaica. Por eso, como su Glatigny—como su propio amigo—, cansado de llevarse á cuestras, quiso acostarse á dormir sobre el agua del mar...

Catulle Mendés y Coquelin representaban los dos gestos que constituyen el alma de París: el

poeta y el cómico. Tras Coquelin, en pocos días, Mendés se fué con el barquero mudo... El cómico murió en su cama. Pero el poeta, como los vagabundos, murió en la obscuridad y en pleno callejón sombrío...

* * *

Oíd la crónica que anunciaba la muerte de Mendés. Pasará á la historia. De su bárbaro laconismo surge una amargura que hace daño. Leedla:

«Esta mañana, 8 de Febrero de 1909, la policía recogió bajo el túnel próximo á Saint-Germain los restos despedazados de un cadáver. Era un hombre. Se cree que ha caído por la portezuela del último tren de anoche. Las ruedas del convoy lo destrozaron. Hase averiguado que el extinto se llamaba Catulle Mendés, poeta.»

* * *

¿Qué más queréis? El discípulo de Teófilo Gautier, que asistió en su vida á tantas tragedias reales, escribió también con su muerte una tragedia. ¡Pobre pájaro azul! ¡Pobre protagonista! Pero consolaos... Su mujer, siempre bella, siempre fresca, siempre diabólica, siempre práctica, cobrará los derechos de autora... Ha pedido ya á la empresa del ferrocarril 600.000 francos por haber hecho del último romántico sincero de Francia un montón de realidad sangrienta... Los cobrará. ¡Hasta en esto son desgraciados los poetas!

Paris, Febrero de 1909.

Anatole France

Su viaje á América

Anatole France en América...

Así es. El más exquisito de los hombres irónicos y el más artista de los soñadores, estará dentro de poco en Buenos Aires. Ya lo sabéis, sin duda. Se embarca el 30 de Abril. Con noble iniciativa, el Conservatorio Labardén lo lleva á la Argentina. Hay que enorgullecerse. El delicioso mago que ha escrito páginas que tienen la dulzura de celestes canciones, va en peregrinación hacia vosotros. Va, cual un Américo Vespuccio, á deciros, entre amables gestos y sonrisas geniales, cosas que tal vez conocéis. Verdades. Y mentiras... Mentiras y verdades de dulzura fantástica. Pero no importa... Es un caballero andante de las astrologías. Será para vosotros un quiromántico de los tiempos mentales que os dirá con elegancia la buenaventura de vuestro porvenir. Es justo que al llegar á tierra americana pongáis bajo sus pies de embajador del Arte, una alfombra de flores. Es un artista. La merece...

Anatole France es digno de ser recibido con honores de rey y entre nubes de mirra. ¿Acaso no

es un rey de la tierra de Aspasia? Sí... No discutamos con hipocresía los fines que lo puedan llevar. Celebremos el hecho. Aprovechemos la lección que nos dé. Oigamos sus palabras con amor. La fe no es necesaria... En el ambiente de nuestros territorios, la libertad del arte y la libertad del pensamiento son pecados prohibidos. Existe poca devoción por la belleza. Es bueno, por lo tanto, que vayan hacia América estos ilustres misioneros de sonrisas griegas y de estéticas raras. ¡Son apóstoles del Sol! ¡Que vayan!... Es casi seguro que nada nos dirán desconocido. No han de ir por cierto á darnos ciencia nueva. En cambio, contribuirán á remover nuestra atmósfera. Hay que creer en la sugestión del bello gesto. Petronio nos hace más virtuosos que Atila. En cien años de vida—y no de ensueño—, la América del Sur ha prosperado mucho. Pero ha prosperado á lo largo. No ha prosperado todavía hacia arriba... ¿Entendéis? El progreso material es enorme. El comercio es gigante. Las siete vacas bíblicas viven eternamente gordas. Mas eso no basta. No basta, no, para la grandeza de un país. Es necesario ampliar el pequeño horizonte de las frentes. Es preciso carpir en los cerebros. Es preciso dar ojos á las almas que sufren de ceguera astronómica. Pero ojos que miren hacia el cielo. Es preciso obligar á nuestras multitudes á que piensen. A que hagan gimnasia medular. A que engrandezcan su pequeñez con el ensueño. A que sepan que es bueno contemplar las estrellas, porque son hermosas y porque obligan á tener un ideal.

Seguramente—¡y cuán seguro estoy, oh buen estanciero que te encontré en París!—, seguramente la mayoría de los que escuchen al maestro no comprenderán el arte superfino de M. Bergeret...

Sin embargo, el ruido de su llegada y el metal de su voz harán temblar los sótanos del arte. Muchos de los que antes no sabían que en el mundo existía Anatole France, lo descubrirán por vez primera. Y descubrirán también sus libros. Libros bellos en donde su selecta alma de Sócrates vuela y revuela entre amables filosofías y entre burlas amables. Que vuela y que revuela como el alma de un buen fraile viejo que amara la verdad, la vida, los licores y también el amor. Que amara las mujeres, vestidas y desnudas, la pena y el perdón... Y toda esa multitud que lo desconocía, movida por sinceridad ó por snobismo, comprará sus libros para deletrarlos, é irá á sus conferencias para elogiarlo sin oírlo, llevando en el bolsillo un diccionario. O tal vez irá para criticarlo sin entenderlo. Habrá quien lo critique de que sólo sabe hablar en idioma francés, pronunciando la *g* como los parisienses. O porque, á veces, en vez de corbata, suele usar un pañuelo...

* *

—¡Anatole France!

—¡Anatole France!

Yo tenía los oídos llenos de Anatole France. Cada diario de Italia, de España, de América y de Francia, publicaba idéntica noticia:

«Anatole France se embarcará el 30 del corriente para Buenos Aires.»

¿Para Buenos Aires? Yo no quería creer. No era posible. Pero la insistencia de la afirmación evaporó mis ideas. Y sugestionado por el tema, quise ver al maestro.

—¿Dónde está?—pregunté.

—En París —me dijeron.

¡En París! Tomé el tren. Y dos noches y un día de continuo rodar por los caminos férreos me alejaron de Roma para entrar en París. Llegué. Y...

—No... ¡Imposible! Anatole France no se deja ver muy á menudo. Antes de hacer un viaje tan inútil, debió usted informarse. El célebre ironista está cansado de la celebridad. Los interviewadores le dan miedo. ¡Vienen tantos!... Transponer el umbral de su puerta es sólo privilegio de unos pocos amigos. Poquisimos. Suelen lucir locos aspectos. Algunos usan largas melenas. Visten trajes extraños. Hablan en muchas lenguas. Y profesan religiones diversas. Algunos son filósofos. Otros son pintores. Y estetas. Y teólogos... Pero en conjunto, los elegidos forman una escasa docena.

—Pero haciendo una tentativa...

—¿Qué tentativa puede hacerse con un hombre cuyos porteros figuran en sus libros? Desde la original Teresa—ama de llaves de Silvestre Bonnard—hasta el gatito *Hamílcar*, que sueña en un rincón, toda la gente de la casa vigila la sagrada puerta del artista. Sepa usted que Anatole France no lee ni siquiera las cartas que recibe.

—Tal vez en la calle pudiera sorprenderlo...

—Menos. El maestro no sale. Está ya viejo. Metido en el claustro de su estudio, cuando se encuentra solo habla con las estatuas. Habla con los cuadros. Habla con los viejos libros que siempre lo encantaron...

—¿Entonces?

—Entonces, regrese usted á Roma.

* *

Pero no regresé. Al contrario... Discutí. Porfié. Y saltando por encima de los inconvenientes, ob-

tuve lo que deseaba. Al fin... Anatole France posee el alma de uno de esos santos adorables que duermen en las capillas de las reinas. Uno de esos santos que no figuran en los almanaques populares... Tuvo una deferencia paternal conmigo, como también la tuvo con Echagüe.

Las puertas de su casa se me abrieron. Desde entonces la sonrisa de Mad. Teresa fué benévola. Y hasta un hijo de *Hamílcar*—el gato de Silvestre Bonnard—comenzó á mirarme con ojos plenos de fraternidad.

* *

—Venid.

Entráis en la casa donde vive el maestro. Es en el Bois de Boulogne. En un pintoresco grupo de casas de dos pisos, llamado Villa Said. El ilustre escritor ocupa el núm. 5. En el zaguán ya recibí la impresión de estar en un museo. Trozos de porcelana. Baldosas del Atica. Colecciones de armas. Estatuitas florentinas. Muestrarios de llaves. Hierros antiguos. Lanzas. Flechas. Cuadros. Molduras. De todo...

En seguida penetráis en la sala de la planta baja. Una sala estrecha, pero larga. Y allí el museo prosigue con mayores riquezas. France, en sus continuos viajes errabundos por Italia, por Grecia, por Turquía, ha recogido antiguas joyas de arte. Vidrieras historiadas. Gobelinos. Cortinas de damasco. Alfombras de Smirna. Estatuas mutiladas... En el fondo de la sala hay un canapé que parece ofrecer apoyo á los sultanes... A sus lados artísticas vitrinas con objetos raros. Primorosos. Muy viejos... A través de los vidrios mis pupilas van y vienen como en un cementerio...

* *

Por una escala de madera llegáis al piso alto. Ante la enorme biblioteca de libros antiquísimos os ponéis á pensar con admiración en la paciencia de su dueño. Porque Anatole France se ha leído todos esos libros. Todos. Integros... Sus obras más ligeras son el reflejo de esas graves lecturas. La incertidumbre de sus creencias y la ironía de su literatura son el producto de esa mezcla de lecturas contrarias. Anatole France desde pequeño—estudió en el Colegio Estanislao, de París—tuvo esa afición á los libros. La heredó de su padre, que era un anticuario. Poseía un *bric-à-brac* de libros viejos...

* *

En la decoración de este museo imaginaos ver surgir al maestro como un hechicero que fuera un doctor Fausto. Cumplió ya sesenta y cinco años de edad. Pero no los demuestra. A pesar de su cabeza blanca y de su barba, en punta, blanca como el cabello, la entereza de su cuerpo lo hace parecer más joven. Con una gran túnica gris y un pequeño gorro—un cardenalicio solideo de raso rojo—, se asemeja en todo á Rabelais. El cura de Meudón pontifica desde la biblioteca, materializado en una estatuíta de fineza tanagra...

Cuando habla diríase que France se fatiga. No es un orador. No posee la voz imprescindible para conmover las multitudes. Es un orador exquisito para hombres sutiles y para mujeres complicadas. Su voz dulce, muy dulce, ¡tan dulce!, acomódase admirablemente á las escabrosidades y á las ironías. Sus frases terminan á menudo en una sonrisa. Una sonrisa que le sale por los ojos. Le llena la boca. Le hace entornar los ojos picarescos. Le mueve el solideo. Y por fin se disuelve en el aire,